

partes. Le habia costado á él mucho trabajo el llegar. Un batallon de línea, cuyos pabellones estaban en la Petite-Truanderie, observaba el lado de la calle del Cisne; allado opuesto, la guardia municipal ocupaba la calle de los Predicadores; y de frente, tenian el grueso del ejército.

Una vez dados estos informes, Gavroche añadió:

— Yo os autorizo á que les echéis una buena andanada.

Entre tanto Enjolras seguía en su almena, y con el oído atento, espía todos los movimientos del enemigo.

Poco satisfechos sin duda del resultado de su cañonazo, los acometedores no habian creído conveniente repetirle.

Una compañía de infantería de línea habia venido á ocupar la extremidad de la calle, á retaguardia de la pieza. Los soldados desempeñaron la calzada y se pusieron á construir con los adoquines que arrancaban una pequeña muralla baja, especie de espaldón ó parapeto que no tenía más de diez y ocho pulgadas de alto y hacia frente á la barricada. En la esquina izquierda de este parapeto, distinguíase la cabeza de columna de un batallon de las afueras, formado en masa en la calle de Saint-Denis.

Enjolras, siempre en acecho, creyó distinguir el ruido particular que se hace cuando se sacan de los grandes cajones las cajas de metralla, y vió que el jefe de pieza cambió la puntería, inclinándolo ligeramente la boca del cañón hácia la izquierda. En seguida, se pusieron los artilleros á cargar la pieza. El jefe de esta cogió el mismo el botafuego y se acercó al oído del cañón.

— ¡Bajad la cabeza, arrimaos á la pared! gritó Enjolras; arrodillaos todos á lo largo de la barricada!

Los insurrectos esparcidos delante de la taberna y que habian abandonado sus puestos de combate á la llegada de Gavroche, se precipitaron confusamente hácia la barricada; pero ántes que fuese ejecutada la orden de Enjol-

ras, partió la descarga, con el espantoso ruido propio de un disparo de metralla. Y lo era, en efecto.

La descarga habia sido dirigida sobre sobre la cortadura del reducto, habia rebotado allí contra la pared, y de este rebote formidable resultaron dos muertos y tres heridos.

Si esto continuaba así, toda resistencia era inútil y aún imposible á la barricada. La metralla penetraba en el interior.

Siguióse á este disparo un prolongado rumor de consternación.

— En todo caso, dijo Enjolras, tratemos de impedir un segundo cañonazo.

Y bajando su carabina, apuntó al jefe de pieza que se hallaba á la sazón inclinado sobre la culata del cañón, rectificando y fijando definitivamente la puntería.

Era este jefe de pieza un sargento de artillería, gallardo mozo, de buena presencia, enteramente jóven, rubio, de semblante tranquilo y agraciado, con ese aspecto inteligente que es peculiar á esta arma predestinada y formidable que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, acabará al fin por dar muerte á la misma guerra.

Combeferre, que se hallaba de pié junto á Enjolras, consideraba á aquel jóven con el mayor interés.

— ¡Qué lástima! decía Combeferre. ¡Qué cosa tan horrible son estas carnicerías! Vamos, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolras, estás apuntando á ese sargento, pero no le miras, no le ves. Figúrate que es un arrogante jóven; y es intrépido; se ve bien que es hombre que piensa; son gentes muy instruidas estos jóvenes de la artillería; tiene á su padre, á su madre, una familia; probablemente ama también; cuenta á lo más algunos veinticinco años; podría ser tu hermano.

— Lo es, contestó Enjolras.



— Sí, repuso Combeferre, y mio tambien. Pues bien, no le matemos.

— Déjame. Lo que sea preciso, se hará.

Y una lágrima se deslizó lentamente sobre la mejilla marmórea de Enjolras.

Al mismo tiempo, tiró del gatillo de su carabina, la cual disparó. El artillero dió dos vuelcos sobre sí mismo, con los brazos tendidos hácia delante y la cabeza levantada como para aspirar el aire; en seguida cayó de costado sobre la pieza, donde quedó sin movimiento. Veíase la espalda, de cuyo centro salía derecho un chorro de sangre á borbotón. La bala le habia atravesado el pecho de parte á parte. Estaba muerto.

Fué menester llevársele y reemplazarle. Eran, en efecto, otros tantos minutos ganados por la barricada.

## IX

EMPLEO DE AQUEL ANTIGUO TALENTO DE CAZADOR  
Y DE AQUEL TIRO INFALIBLE QUE TANTO INFLUYÓ EN LA  
CONDENA DE 1796

Entre tanto cruzábanse los dictámenes y opiniones en la barricada. Los disparos de la pieza iban á recomenzar. No era posible resistir un cuarto de hora á aquella metralla. Era absolutamente necesario amortiguar la accion de la artillería.

Enjolras levantó su voz de mando:

— Es menester colocar allí un colchon, dijo.

— No hay colchon ninguno, contestó Combeferre, los eridos están acostados en ellos.

Sentado un poco lejos, sobre un guardacanton, en la esquina de la taberna, y teniendo su fusil entre las piernas, Juan Valjean no habia tomado parte aún en nada de lo que estaba pasando. Parecia no oír siquiera decir á los



combatientes que se rebullian en derredor suyo : Hé ahí un fusil que no hace nada.

Al oír la órden dada por Enjolras, se levantó.

El lector recuerda sin duda que, á la llegada de este grupo de insurrectos á la calle de la Chanvrerie, una mujer anciana, previendo las balas, habia colocado su colchon delante de su ventana. Esta ventana, que era de un granero, se hallaba sobre el tejado de una casa de seis pisos situada un poco afuera de la barricada. El colchon, colocado de traves, estaba apoyado en la parte inferior sobre dos pértigas de tender ropa, y sostenido en la superior por dos cuerdas que, desde léjos, parecian dos bramantes, y que se ataban á unos clavos puestos en las jambas de la boardilla. Estas dos cuerdas se veian distintamente desde abajo, proyectadas en el cielo como dos cabellos.

— ¿ Puede alguien prestarme una carabina de dos cañones ? dijo Juan Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la alargó.

Juan Valjean apuntó á la boardilla y disparó el primer tiro.

Una de las dos cuerdas que sujetaban el colchon quedó rota.

El colchon no pendia ya sino de un solo hilo.

Juan Valjean disparó el segundo tiro y la segunda cuerda azotó en seguida la vidriera de la boardilla. El colchon resbaló inmediatamente entre las dos pértigas y cayó á la calle.

La barricada entera aplaudió con frenesi este acto.

Todas las voces gritaron :

— ¡ Hé aquí ya un colchon !

— Sí, dijo Combeferre, ¿ pero quién irá á buscarle ?

Con efecto, el colchon habia ido á caer fuera de la bar-

ricada, entre los sitiados y los sitiadores. Ahora bien, la muerte del sargento de artillería habia exasperado á la tropa, y los soldados se habian echado de bruces, hacia

algunos instantes, detras de la linea de adoquines que ellos habian elevado allí en guisa de parapeto; y para suplir al silencio forzado de la pieza, la cual callaba hasta tanto que fuese reorganizado su servicio, habian ellos abierto el fuego de fusilería contra la barricada. Los insurrectos no contestaban á esta mosquetería con el objeto de economizar sus municiones. El tiroteo se iba á estrellar en la barricada; pero la calle, que él llenaba constantemente de balas, estaba terrible.

Juan Valjean salió por la escotadura, penetró en la calle, atravesó la tempestad de balas, se fué derecho al colchon, le recogió, se le echó al hombro, y volvióse con él á la barricada.

Él mismo colocó el colchon en la abertura, fijándole contra la pared de manera que los artilleros no le distinguiesen.

Hecho esto, esperaron ya el disparo de metralla.

No tardó este mucho en estallar.

Por fin vomitó el cañon con un tremendo rugido su paquete de postas y otras municiones. Pero esta vez no hubo rebote. La metralla abortó en el colchon. El efecto previsto se habia obtenido. La barricada estaba preservada contra este gran peligro.

— Ciudadano, dijo Enjolras á Juan Valjean, la epública le da á usted las gracias.

Bossuet, admirando y riendo, exclamó :

— Es en verdad cosa inmoral que un colchon tenga tanta potencia. Triunfó de lo que se doblega sobre lo que fulmina y aterra. Pero, de todos modos, ¡ gloria al colchon que anula al cañonazo !



## X

### AURORA

En este mismo momento, despertaba Coseta.

Su cuarto era estrecho, aseado, silencioso, con una grande ventana al oriente que daba al patio interior de la casa.

Coseta no sabía nada de lo que sucedía en París. Ya no se hallaba ella presente la víspera, habiéndose retirado á su habitación, cuando Toussaint dijo: Parece que hay trifulca.

Coseta había dormido pocas horas, pero bien. Había soñado dulce y agradablemente, lo que tal vez consistía algo en que su camita estaba muy limpia y muy blanca. Apareciósele, en una grande claridad, un gallardo manco, que no era otro que Marius. Y al despertar, dábala el sol en los ojos, lo cual produjo en ella el efecto de la continuación del sueño.

Al salir de aquel sueño tan grato su primer pensamiento fué alegre. Coseta se sintió enteramente tranquila y consolada. Como Juan Valjean algunas horas ántes, atravesaba ella esa reaccion del alma que no quiere absolutamente la desgracia. Y se puso á esperar confiada, con todas sus fuerzas, y sin saber por qué. En seguida sufrió como una opresion al corazón. — Ya hacía tres días que no había visto á Marius. Pero dijo para sí que él debía haber recibido su carta, que sabía dónde ella estaba, y que tenía él tanto talento y tanto ingenio, que ya hallaría medios de llegar hasta donde ella se encontraba. — Y esto será hoy ciertamente, tal vez esta misma mañana. — Era ya de día muy claro, más el rayo de luz caía muy horizontal, creyó que aún era muy temprano; pero que, sin embargo, era menester levantarse, para recibir á Marius.

Conocía ella que no podía vivir sin Marius y que, por consiguiente, esto bastaba, que Marius vendría sin falta. Ninguna objecion era admisible. Todo esto parecía evidente á su espíritu. Harto monstruoso era ya el haber sufrido tres días! Marius ausente tres días era una cosa horrible que Dios había permitido sin saber por qué; pero que ahora, esta cruel molestia que la venía del cielo era ya una prueba terminada, y Marius iba á llegar, y á traerla una buena noticia. Tal es la juventud; enjuga bien pronto sus lágrimas; encuentra el dolor inútil, y no le acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido que es él mismo. Es para ella una cosa natural el ser feliz. Diríase que su respiracion está hecha de esperanza.

Por lo demas, Coseta no podía conseguir el recordarse lo que Marius la había dicho con respecto á aquella ausencia que no debía durar más que un día, y qué explicacion la había dado él sobre esto. Todo el mundo ha



observado con qué destreza corre á ocultarse una moneda que se deja caer en el suelo, y con qué arte se hace ella extremadamente difícil, á veces imposible de encontrar. Hay pensamientos que nos suelen dar el mismo chasco; se esconden en un rincón de nuestro cerebro; y es asunto concluido; se perdieron; imposible es á la memoria el dar con ellos.

Desesperábase Coseta un poco de la inutilidad del pequeño esfuerzo que su memoria hacía con tal motivo; y áun decíase que hacía ella muy mal y que era muy culpable en haber olvidado unas palabras pronunciadas por Marius.

Salió de la cama, é hizo en seguida las dos abluciones del alma y del cuerpo, es decir, sus oraciones y su toilette.

En rigor puede introducirse al lector en una cámara nupcial; pero no en una cámara virginal. Apénas si se atrevería la poesía á hacerlo; la prosa, jamas.

Es el interior de una flor cerrada áun, es una blancura en la sombra, es la célula íntima de una azucena sin abrir que no debe ser mirada por el hombre miéntras que no haya sido mirada por el sol. La mujer en estado de pimpollo es una cosa sagrada. Ese lecho inocente que se descubre, esa adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, ese pié blanco que se refugia en una babucha, ese cuello que se vela ante un espejo como si aquel fuese una pupila, esa camisa que se apresura á levantarse y á ocultar el hombro por un mueble que rechina ó por un carruaje que pasa, esos cordones atados, esas presillas y corchetes abrochados, esos lazos ajustados, esos estremecimientos, esas sorpresas y convulsiones de frío y de pudor, ese azoramiento exquisito de todos los movimientos, esa inquietud casi alada allí donde nada hay que temer, las fases sucesivas de la vestidura, tan deliciosas como las nubes de la aurora; no dice bien que todo

esto sea referido, y áun es ya demasiado el indicarlo siquiera.

La vista del hombre debe ser más religiosa aún ante el acto de levantarse una jovencita que ante el orto ó el levante de una estrella. La posibilidad de alcanzar debe aún aumentar el respeto. El vello sedoso del melocoton, la ceniza delicada de la ciruela, la diminuta y radiante cristalización de la nieve, el ala de la mariposa empolvada de plumas, son cosas groseras en comparación de esa castidad que hasta se ignora á sí misma, que ni siquiera sabe que es casta. La jovencita no es más que un resplandor de ensueño, ni siquiera es una estatua. Su alcoba está oculta en la parte sombría del ideal. El tacto indiscreto de la mirada empañada y oscurece esa vaga penumbra. Aquí contemplar es profanar.

Por consiguiente, no mostraremos nada de ese suave y ligero trastear de Coseta al tiempo de despertar y de levantarse.

Un cuento de Oriente refiere que la rosa había sido creada por Dios blanca, pero que habiendo mirado Adán en el momento en que se entre abría, se avergonzó, viniéndola de aquí su color rosado. Nosotros somos de aquellos que se sienten sobrecogidos y extasiados en presencia de las jovencitas como en presencia de las flores, hallándolas venerables.

Coseta se vistió bien de prisa, se peinó, se adornó la cabeza, cosa muy sencilla en aquella época en que las mujeres no ahuecaban sus cocas y sus bucles con almohadillas y toneletes y no se ponían crinolina en el pelo. En seguida abrió la ventana y se puso á mirar por todas partes, en derredor, esperando descubrir algún poco de la calle, una esquina de las casas, un rincón del empedrado y poder acechar y ver venir desde allí á Marius. Pero no se distinguía nada de fuera. El patio se hallaba rodeado



de paredes bastante elevadas, y no tenía vista sino á algunos jardines. Coseta declaró aquellos jardines horribles; por la primera vez de su vida llegó á encontrar las flores feas. El menor pedazo de arroyo de la calle ó de la encrucijada inmediata la habria parecido mucho mejor. Adoptó, pues, el partido de mirar al cielo, como si pensara ella que Marius podia venir tambien de allí.

De improviso, prorumpió en llanto. No que esto fuese movilidad de espíritu, sino esperanzas frustradas por el abatimiento, tal era su situacion. Sintió confusamente cierta cosa horrible. Con efecto, las cosas pasan y se transmiten por los aires. Díjose que ella no estaba segura de nada, que perderse de vista, era perderse; y la idea de que Marius pudiera tal vez volver del cielo, la apareció, no ya grata y deliciosa, sino lúgubre.

Despues, tales son esas nubes, restablecióse en ella la calma, la esperanza renació en su espíritu, y con ella una especie de sonrisa inconsciente, pero llena de confianza en Dios.

Todo el mundo se hallaba aún acostado en la casa, donde reinaba un silencio provincial. Ni empujaban siquiera una ventana. El cuarto del portero estaba cerrado. Toussaint no se habia levantado, y Coseta creyó naturalmente que su padre estaba durmiendo. Bien era menester que ella hubiera sufrido mucho, y que sufriera bastante aún, pues que decia para sí que su padre se habia portado mal; pero contaba ella siempre con Marius. El eclipse de semejante luz era ya para ella decididamente imposible. Por momentos oia, á cierta distancia, como unos sacudimientos sordos, y decia: Es singular que abran y que cierren las puertas de las casas tan temprano. Eran los cañonazos que combatian la barricada.

Á algunos piés más abajo de la ventana de Coseta, en la vieja y ennegrecida cornisa de la pared, habia un nido

de aviones; la ceja ó alero que formaba este nido sobresalia un poco fuera de la cornisa, en términos que, desde arriba, podia verse el interior de aquel pequeño paraíso. La madre se hallaba allí, abriendo sus alas en forma de abanico sobre sus hijuelos. El padre revoloteaba por los aires, yendo y viniendo, y traia en su pico alimento y besos. El sol naciente doraba aquella mansion de dicha, la grande ley Creced y Multiplicad se hallaba allí sonriendo y augusta, y este dulce misterio se desplegaba en la gloria de la mañana. Coseta, con el cabello expuesto al sol, el espíritu vagando en las quimeras, iluminada por el amor en su interior y por la aurora en el exterior, se inclinó como maquinalmente, y, casi sin atreverse á confesarse que estaba pensando al mismo tiempo en Marius, se puso á mirar aquellos pajarillos, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos hijuelos, con la profunda turbacion que un nido inspira siempre á una vírgen.



## XI

EL TIRO QUE NI MARRA NUNCA NI MATA NADIE

El fuego de los acometedores continuaba sin cesar. La fusilería y la metralla alternaban, bien que sin ocasionar grandes estragos. Sólo la parte superior de la fachada de Corinto sufría; la ventana del primer piso y las boardillas del tejado, acribilladas de postas y de vizcaínas, se iban desfigurando poco á poco. Los combatientes que se iban apostado allí se habian visto precisados á cambiar de puesto, si no habian perecido. Por lo demas, esto es una táctica del ataque de las barricadas; tirotear sobre ellas largo tiempo, á fin de obligar á los insurrectos á consumir sus municiones, si estos cometen la falta de responder sin cesar á los fuegos del enemigo. Cuando se nota ya, por la grande disminucion y lentitud de los fuegos de réplica, que van careciendo de

balas y de pólvora, entónces es cuando se da el asalto. Enjolras no cayó en este lazo; la barricada no respondía.

Á cada fuego de peloton, ó descarga cerrada, Gavroche se inflaba los carrillos con la lengua, en señal de alto desden.

— Está bien, decía, romped bastante lienzo. Tenemos necesidad de hilas.

Courfeyrac á su vez interpelaba á la metralla acerca de su poco efecto, y decía al cañon:

— Te haces difuso, pobre bobalicon.

En las batallas suelè tambien haber sus partidas de n-triga como en un baile. Es probable que este silencio del reducto empezaba á inquietar á los sitiadores y á hacerles temer algun incidente inesperado, y que sintieron ellos la necesidad de ver claro al traves de aquel monton de piedras y de escombros, y saber lo que pasaba detras de aquella muralla impasible, que recibía los cañonazos sin inmutarse, y sin responder. Cuando hé aquí que de improviso descubrieron los insurrectos un casco que brillaba á los rayos del sol sobre un tejado inmediato. Era un bombero que se hallaba respaldado contra una alta chimenea, pareciendo que hacía allí centinela, y dirigiendo sus miradas á pico, ó perpendicularmente, sobre el interior de la barricada.

— Hé ahí una vigía incómoda, dijo Enjolras.

Juan Valjean habia devuelto la carabina á Enjolras, pero tenía consigo su fusil.

Sin decir una palabra, apuntó al bombero, y, al cabo de un segundo, el casco, penetrado de un balazo, caía estrepitosamente á la calle. El soldado, que sólo sufrió un buen susto, se apresuró á alejarse de aquel sitio.

Una segunda vigía vino al poco tiempo á ocupar de nuevo su puesto. Esto era ya un oficial. Juan Valjean, que habia vuelto á cargar su fusil, apuntó al recién venido, y



envió el casco del oficial á acompañar en la calle al casco del soldado. El oficial no insistió, y se retiró á toda prisa. Esta vez comprendieron sin duda el aviso. Nadie volvió á aparecer sobre el tejado; renunciando ya á espiar desde allí la barricada.

— ¿Por qué no ha matado usted al hombre? preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no contestó á esta pregunta.

## XII

## EL DESÓRDEN PARTIDARIO DEL ÓRDEN

Bossuet murmuró al oído de Combeferre:

— No ha respondido á mi pregunta.

— Es un hombre que prodiga sus bondades á escopetazos, dijo Combeferre.

Los que aún conservan alguna memoria de aquella época, lejana ya, saben que la guardia nacional de las afueras de París se mostraba muy valiente contra las insurrecciones, y que hizo gala de intrepidez, y de un particular encarnizamiento, en las jornadas de Junio de 1832. Cualquier tabernero ó bodegonero de Pantin, de las Vertus ó de la Cunette, cuyo « establecimiento » holgaba durante los días de revuelta, se ponía hecho un tigre al ver su sala de baile desierta; y se hacía matar, si era necesario, para salvar el orden representado por la taberna. En aquel tiempo, bourgeois y heroico á la vez, en pre-



sencia de las ideas, que tenían sus caballeros, se hallaban los intereses, que tenían sus paladines. El prosaismo del móvil no disminuía en nada la bravura del movimiento. El decrecimiento de una pila de monedas hacía cantar la *Marsellesa* á ciertos banqueros. Derramábase líricamente la sangre por el escritorio ó el mostrador; y se defendía con un entusiasmo lacedemonio la tienda, ese prosaico diminutivo de la patria.

Digamos con todo que en el fondo, no había nada en esto que no fuese muy formal y muy regular. Eran los elementos sociales que entraban en lucha, hasta tanto que les llegara el día en que entrasen en equilibrio.

Otro signo característico de aquel tiempo, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (palabra bárbara del partido correcto). Se estaba por el orden con indisciplina. Hacíase oír el tambor, inesperadamente, por mandato de tal ó cual coronel de la guardia nacional á quien se le antojaba ordenar una llamada ó una generala de puro capricho; tal capitán iba á tomar parte en el fuego por inspiración; tal guardia nacional se batía « por una idea, » y de su propia cuenta y riesgo. En los momentos de crisis, en las « jornadas, » cada cual tomaba consejo, más bien que de sus jefes, de sus propios instintos. En el ejército del orden había verdaderos guerrilleros, los unos de espada como Fannicot, los otros de pluma como Henri Fonfrède.

La civilización, representada desgraciadamente en aquella época más bien por una agregación de intereses que por un grupo de principios, se hallaba ó se creía en peligro, y lanzaba el grito de alarma; cada cual, constituyéndose centro, la defendía, la socorría y la protegía, puesto á la cabeza de la empresa; y el primero que pasaba era á propósito para echar sobre sus hombros la inmensa carga de salvar la sociedad.

Á veces el zelo rayaba hasta el exterminio. Tal peloton de guardias nacionales se constituía, de su propia autoridad, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á un insurrecto prisionero. Una improvisación de esta especie fué la que dió muerte á Juan Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningún partido tiene el derecho de echar en cara á los otros, puesto que ella es aplicada por la república en América como por la monarquía en Europa. Esta ley de Lynch se complicaba á veces con la equivocación ó con el error involuntario. En un día de movimiento, un joven poeta, llamado Paul-Aimé Garnier, se vió perseguido á bayonetazos en la plaza Real, y sólo pudo escapar de la muerte buscando asilo en el portal del n.º 6. Los que le perseguían gritaban furiosos: — ¡*He aquí otro de esos sansimonianos!* y querían matarle á todo trance. Ahora bien, su delito consistía en que llevaba bajo el brazo un tomo de las *Memorias del duque de San Simon*. Un guardia nacional llegó á leer por casualidad en aquel libro la palabra: *San Simon*, y se puso al instante á gritar: ¡*Muera!*

El 6 de Junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, al mando del capitán Fannicot, á quien hemos ya nombrado, se hizo diezmar, por puro placer y por capricho, en la calle de la Chauvrière. Por más singular que sea este hecho, fué el comprobado y quedó consignado en la instrucción judicial que se abrió á consecuencia de la insurrección de 1832. El capitán Fannicot, bourgeois impaciente y atrevido, especie de condottiere del orden de los que acabamos de caracterizar, « gubernamentalista, » fanático é insumiso, no pudo resistir á la tentación de hacer fuego, ántes de la hora oportuna, y á la ambición de apoderarse él solo de la barricada, es decir, con su sola compañía. Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y del frac viejo,



que él tomó por bandera negra, censuraba en alta voz la conducta de los generales y de los jefes de cuerpo, quienes entre tanto celebraban consejo, juzgando en él que aún no era llegado el momento decisivo del asalto, y dejando á « la insurreccion cocer en su propia salsa, » segun la célebre expresion de uno de ellos. Pero él juzgó que la barricada estaba ya madura, y como lo que está maduro debe caer, hizo la prueba correspondiente.

Mandaba hombres resueltos, como él « verdaderos energúmenos, » dijo despues un testigo. Su compañía, la misma que habia fusilado al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallon que estacionaba en la esquina de la calle. En el momento en que ménos podia esperarse, el capitán lanzó sus hombres contra la barricada. Ejecutado con ménos estrategia que buena voluntad, este movimiento costó caro á la compañía Fannicot. Antes que hubiese ella llegado á recorrer las dos terceras partes de la calle, fué recibida por una descarga general de la barricada. Cuatro nacionales, los más audaces, que corrian la cabeza de la compañía, fueron hechos añicos, á quemarropa, junto al mismo reducto, y aquel grupo intrépido de guardias nacionales, gente muy valerosa sin duda, pero que carecia de la tenacidad militar, tuvo que resignarse, despues de algunos momentos de hesitacion, dejando quince cadáveres en el suelo. Aquellos instantes de vacilacion dieron á los insurrectos el tiempo suficiente para cargar de nuevo sus armas, y una segunda descarga terrible y mortífera, alcanzó á la compañía ántes que ella pudiera llegar á la esquina de la calle, que era su único refugio. En un momento fatal, vióse la compañía cogida entre dos fuegos de metralla, recibiendo la carga de la pieza que estaba en bateria, la cual, haciendo de órden en contrario, proseguia haciendo fuego contra la barricada. El arrojado é imprudente Fannicot

fué uno de los muertos por esta metralla. Matóle el cañon, es decir, el órden.

Este ataque, ménos formal que furioso, irritó á Enjolras. — ¡Los tontos! dijo, hacen matar neciamente á sus hombres y nos obligan á consumir nuestras municiones, para nada.

Enjolras hablaba como un verdadero general de insurrectos que era. La rebelion y la represion no luchan nunca con armas iguales. La rebelion agota muy pronto sus recursos, no disponiendo sino de un corto número de tiros y otro corto número de combatientes que poder gastar. Una cartuchera vacía, un hombre muerto, no se reemplazan en las filas insurrectas. La represion, como dispone del ejército, no cuenta los hombres, y como tiene á Vincennes, no cuenta los disparos. La represion tiene tantos regimientos como hombres tiene la barricada, y tantos arsenales como cartucheras tiene esta. Así que estas luchas son de uno contra ciento, que concluyen siempre por el aniquilamiento de las barricadas, á ménos que la revolucion, surgiendo bruscamente, no venga á arrojar en la balanza su reluciente espada de arcángel. Esto suele suceder á veces. Entónces todo se subleva, las piedras entran en movimiento de ebulicion, los reductos populares cunden y pululan por todas partes, Paris se estremece soberamamente, el *quid divinum* se desprende, un 10 de Agosto, un 29 de Julio están en el aire, una luz prodigiosa aparece, las garras de la fuerza desesperada retroceden, y el ejército, ese leon, se encuentra frente á sí, de pié y tranquilo, á este profeta, la Francia.



### XIII

#### VISLUMBRES PASAJERAS

En el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada, hay de todo; hay bravura, juventud, pundonor, entusiasmo, ideal, convicción, encarnizamiento de jugador, y sobre todo, esperanzas intermitentes.

Una de estas intermitencias, uno de estos vagos estremecimientos de esperanza, atravesó de improviso, en el momento más inesperado, la barricada de la Chanvrerie.

— Escuchad, exclamó bruscamente Enjolras, siempre en acecho, me parece que París despierta al fin.

Es cierto que, en la mañana del 6 de Junio, la insurrección adquirió durante una ó dos horas, alguna mayor intensidad. La obstinación del toque á rebato en las torres de Saint-Merry reanimó á muchos espíritus vacilantes hasta entónces. En la calle del Poirier, en la calle de los Gravilliers, llegaron á bosquejarse nuevas barricadas.

Frente á la puerta de Saint-Martin, un jóven, armado de una carabina, atacó él solo á un escuadron de caballería. En medio del boulevard, á descubierto, hincó una rodilla en tierra, apoyó en el hombro su arma, disparó, mató al jefe de escuadron, y se volvió diciendo: *Ese ya no nos hará daño.* En seguida le mataron á él á sablazos. En la calle de Saint-Denis, una mujer, detras de una celosía, disparaba sobre la guardia municipal. Á cada disparo veíanse temblar las hojas de la celosía. Un muchacho de catorce años fué preso en la calle de la Cossonnerie con sus bolsillos llenos de cartuchos. Varios puestos ó cuerpos de guardia fueron atacados. Á la entrada de la calle de Bertin-Poirée, un tiroteo muy vivo y enteramente imprevisto acogió á un regimiento de coraceros, á cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Baragne. En la calle de Planche-Mibray, arrojaron desde lo alto de los tejados sobre la tropa pedazos de teja y tiestos viejos, y tambien varios utensilios de menaje; lo que se considera como muy mala seña. Al dar cuenta de este hecho al mariscal Soult, el antiguo general de Napoleon se puso á cavilar, recordando en aquel instante las palabras de Suchet en Zaragoza: *Estamos perdidos, desde el momento en que las viejas nos vierten los orinales sobre la cabeza.*

Estos síntomas generales, que se manifestaban en el instante mismo que se creía la insurrección localizada, esta fiebre de ira que iba generalizándose, estas chispas que volaban acá y acullá sobre esas enormes masas de combustible que se llaman los arrabales de París, todo este conjunto inquietó á los jefes militares, quienes se apresuraron á apagar aquel principio de incendio. Se aplazó, hasta que estas chispas fuesen ahogadas y apagadas, el ataque de las barricadas Maubúée, de la Chanvrerie, y de Saint-Merry, á fin de no tener que habérselas ya sino con ellas solamente, y poder concluirlo todo de una



vez. Diferentes columnas de tropa fueron lanzadas por las calles donde se notaba esa fermentacion barriendo las grandes, sondeando las pequeñas, á derecha é izquierda, ora despacio y con precauciones, ora á paso de carga. La tropa echaba abajo las puertas de las casas desde donde se habia hecho fuego, miéntras que grandes patrullas de caballería dispersaban los grupos de los boulevards. Esta represion no se hizo sin rumor y sin ese estrépito tumultuoso que es consiguiente á los choques entre el ejército y el pueblo. Esto era lo que distinguía Enjolras, en los intervalos de las descargas de cañon y de fusilería. Además, habia él visto pasar por el extremo de la calle varios heridos que conducian en parihuelas, y decia á Courfeyrac : — Esos heridos no son de nuestras filas.

Esta esperanza no duró mucho tiempo; el resplandor, la vislumbre, se eclipsó bien pronto. En ménos de média hora, se desvaneci6 lo que habia en el aire, aquello fué como un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron caer sobre ellos esa especie de capa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los pertinaces abandonados.

El movimiento geueal, que parecia haberse delineado vagamente, habia abortado; por consiguiente, toda la atencion del ministro de la guerra, y toda la estrategia de los generales podian concentrarse ahora en las tres ó cuatro barricadas que quedaban de pié.

El sol se elevaba sobre el horizonte.

Un insurrecto interpel6 á Enjolras :

— Tenemos hambre. ¿Es que, de véras, vamos á morir así, sin comer?

Enjolras, que continuaba siempre apoyado con un codo en su almena, sin apartar los ojos de la extremidad de la calle, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

## XIV

DONDE SE LEERÁ EL NOMBRE DE LA QUERIDA DE ENJOLRAS

Sentado sobre un adocuin, junto á Enjolras continuaba Courfeyrac insultando al cañon, y cada vez que pasaba, con ruido monstruoso, esa nube sombría de proyectiles que se llama la metralla, la acogia él con un rasgo de ironía.

— Te estás desgañitando, mi pobre viejo brutal, me da compasion de oírte, todo tu estrépito es música perdida. Ya eso no es trueno ni rayo, es la tos de un asmático.

Y todos reian de oírle.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo valiente buen humor crecia con el peligro, reemplazaban, como madama Scarron, el alimento con la broma, y á falta de vino, distribuian á todos con profusion chanzas y alegria.

— Yo admiro á Enjolras, decia Bossuet. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, que es lo que tal vez